

FLORES DE RESURRECCIÓN

A mi simpática y distinguida amiga M..., como el mejor consejo.

Imaginativa y soñadora, espíritu propicio a la comunión con lo maravilloso y extraordinario, Charito Ordóñez sentía intensamente la sugestión fantasmagórica y hazañera de las novelas y películas de aventuras, y admiraba con entusiasmo superior a toda ponderación a los más célebres protagonistas e intérpretes de esas manifestaciones del arte literario y del arte mudo. Sobre todo por los ídolos populares de la pantalla sentía un verdadero culto y soñaba con imitarlos, con ser ella algún día uno de esos ídolos, que, desde el lienzo de proyecciones, sojuzgan el espíritu de las multitudes, se apoderan de las almas, conmueven los sentimientos y tensan hasta el límite las fibras de la sensibilidad.

A que esa afición se desarrollará de manera morbosa en Charito Ordóñez habían contribuido grandemente los desmedidos elogios de sus amigos y admiradores, que, para referirse a la vivacidad sugestiva e insinuante de su expresión y a la gentileza de su figura, animada y esbelta, evocaban la prodigiosa gracia y la estilizada belleza de Elena Farkmay, la actriz cinematográfica tan admirada del mundo entero.

En su fervor hiperbólico, uno de los más entusiastas de Charito, muchacho ilustrado y con pujos de poeta, que colaboraba en la revista local, llegó a decir, ante la propia intercada y en una reunión de sociedad:

—Señores: la expresión fisonómica de Charito Ordóñez, tan intensa en sus matices cambiantes; tan ágil y llena de vitalidad; en la que el gesto, sugeridor y plástico, cobra vida y se hace palpable la sugerencia que provoca, es la expresión de una verdadera artista cinematográfica, de una intérprete excelsa del arte mudo.

Así, a los embates de la sugestión propia y de la que provenía de juicios como ese, la «irresistible vocación» por el arte mudo, el deseo ferviente de ser una estrella de la pantalla fueron acusándose en el ánimo de Charito como los contornos de la figura se acusan en la materia inerte, netos y precisos, a los golpes del escultor.

Y llegó un día en que ese deseo se convirtió en alucinante obsesión, en avasalladora idea fija que hacía vivir a Charito casi en perpetuo estado semidelirante, en el que las aventuras y las hazañas más maravillosas desfilaban por su enfebrecida imaginación y en las cuales Charito se veía, ya la heroína, ya la gloriosa intérprete aclamada por todos los públicos, llevada en triunfo por ambos continentes.

Por la noche no era raro que sus hermanas Pilar y Anita la